
Rosa Rius Gatell

María Zambrano, *El exilio como patria*. Edición, introducción y notas de Juan Fernando Ortega Muñoz, Barcelona, Anthropos, 2014.
 Juan Fernando Ortega Muñoz, *Encuentro al atardecer. Mis relaciones con María Zambrano*, Vélez-Málaga, Ayuntamiento de Vélez-Málaga, 2012.

Ortega Muñoz, difusor de Zambrano

Más que una reseña, lo que sigue es una nota para presentar dos libros muy distintos en cuanto a contenido y forma. Sin embargo, los dos tienen como protagonista principal a María Zambrano y como mediador a Juan Fernando Ortega Muñoz.

Comenzaré por el último en aparecer (2014), un volumen de título explícito, *El exilio como patria*, que recoge varios textos de María Zambrano sobre un tema central de su pensamiento al que la pensadora nunca dejó de volver. Convertido para ella en algo constitutivo y esencial, Zambrano terminó amando y aceptando el exilio que le tocó vivir durante más de cuatro décadas. Así, escribirá en uno de sus textos más célebres: «Amo mi exilio. Será porque no lo busqué, porque no fui persiguiéndolo. No, lo acepté y cuando se acepta algo de corazón, porque sí, cuesta mucho trabajo renunciar a ello [...]. Mi exilio está plenamente aceptado, pero yo, al mismo tiempo, no le pido, ni le deseo a ningún joven que lo entienda, porque para entenderlo tendría que padecerlo y yo no puedo desear a nadie que sea crucificado» (págs. 58-59).

Como recuerda Juan Fernando Ortega, que edita, introduce y anota el volumen, muchos de los textos que Zambrano escribió sobre esa experiencia respondían a un proyecto de libro que planeaba en torno a la década de 1960. La Fundación María Zambrano conserva dicho proyecto (número de registro M-157), que, según el índice, debía tener tres partes y que podría haberse titulado *Desde el exilio*.

Si bien es cierto que, como en tantas otras ocasiones, Zambrano se serviría de esa «cantera abandonada», en palabras de Juan Fernando Ortega, con el fin de extraer materiales para posteriores publicaciones, como es el caso, por ejemplo, de su «Carta sobre el exilio» (1961) y del capítulo «El exiliado» de *Los bienaventurados* (1990), que recoge gran cantidad de textos del libro proyectado; es decir, si bien es cierto que una parte de aquellos textos fueron viendo la luz en distintos lugares a lo largo de los años, disponer de ellos así reunidos, y reunidos a su vez con otros escritos sobre el exilio publicados la mayoría tras el regreso de Zambrano a España, es algo que cabe celebrar.

Aunque María Zambrano reflexionó sobre el exilio desde su propia experiencia, vinculada a la España de la que salió «lanzada», «despeñada», en 1939; y aunque sus textos se refieren una y otra vez a ese dramático momento, y en ocasiones se limiten al caso español, muy

a menudo su reflexión va más allá del testimonio autobiográfico, esto es, más allá de un conflicto, un espacio y un tiempo concretos. Como refiere Juan Fernando Ortega, el análisis zambrano sobre el exilio asciende en muchos lugares a un nivel de abstracción formal (pág. XXXV) que permite desplazarlo hasta el pasado o traerlo hasta el presente más inmediato. «Désele voz y palabra [al exiliado]» (pág. 13), reclamaba Zambrano, y quisiera señalar que ella se sirvió de ambas desde los primeros años de su exilio y hasta el final de su vida para reflexionar sobre una experiencia de umbrales y rupturas, en la que se sale «del presente para caer en el futuro desconocido, pero sin olvidar el pasado» (pág. 59). El exilio fue concebido por Zambrano «ante todo y más que nada, diáspora: los amigos perdidos, las ocasiones frustradas, el intento siempre abierto de una nueva patria» (pág. 56). Esa diáspora de «millones de gentes» iniciada a mediados del siglo XX y «en la que no se sabía dónde estaba nadie» (pág. 56), ha adquirido de manera progresiva dimensiones trágicamente inauditas.

Ciertamente, la forma en la que la autora experimenta, piensa y describe el exilio a lo largo de un arco temporal tan amplio no es siempre la misma; y de ahí precisamente el particular interés de este breve libro. En él, por cierto, el editor ha incluido una carta del 1 de enero de 1946, escrita por Zambrano desde La Habana a su madre y a su hermana, en la que expone las angustias y penurias de aquellos primeros tiempos de exilio y en la que se pone de manifiesto lo que escribiría años más tarde: «Comienza la iniciación al exilio cuando comienza el abandono, el sentirse abandonado» (pág. 35).

La referencia al género epistolar, del que tanto se valió María Zambrano, me permite referirme brevemente al otro volumen, cuyo autor es el mismo Juan Fernando Ortega. *Encuentro al atardecer. Mis relaciones con María Zambrano* (2012), de título asimismo explícito, recoge la correspondencia cruzada entre ambos, además de narrar sus «encuentros», durante años anteriores a su conocimiento personal. La primera carta, de tono muy formal, fue dirigida por Ortega a la pensadora el 13 de abril de 1979, mientras que el último documento, fechado en la Navidad de 1990, transcribe solo 17 palabras, a saber: «Amigo Juan Fernando Ortega, con mucho cariño le deseo paz y alegría en estas fiestas entrañables» (pág. 130). Según se indica, María Zambrano rubricó el escrito cuando faltaba poco más de un mes para su fallecimiento. Entre las dos fechas, el relato de un «encuentro al atardecer», en el que el autor, refiriéndose a Zambrano, narra «la necesidad de conocerla y darla a conocer y ante todo entrar en contacto con ella» (pág. 16). Me gustaría señalar que, en cuanto a la necesidad de «darla a conocer», la labor llevada a cabo por Juan Fernando Ortega antes, durante y después de su cargo como director de la Fundación María Zambrano es digna del mayor reconocimiento.

